

El campo Urbano – Popular: nuevos paradigmas de análisis¹

Jaime Eduardo Jaramillo J.²

Resumen

Este artículo es un intento de conceptualización del campo *urbano – popular*. Algunos autores ha utilizado extensivamente la noción de clases populares, pero aquí se advierte los limitantes de tal enfoque y se esboza la construcción de una noción teórica y operativa, nutrida además de miradas latinoamericanas, para realizar una conceptualización sociocultural del fenómeno asociado a las formas de vida de los grupos de pobladores más pobres de la ciudad colombiana. El texto hace un recorrido muy sucinto por abordajes paradigmáticos, que desde la teoría social, cumplieron un papel fundamental en entender formas de organización y del mundo de la vida de los llamados sectores populares, luego centra su atención en autores latinoamericanos de la década del sesenta, para posteriormente hacer un desarrollo analítico y construcción conceptual de lo urbano – popular.

Palabras Claves: urbano popular – sociología urbana – clases populares – urbanización – ciudades latinoamericanas – teoría sociológica

Abstract

This article is an attempt to conceptualize the field of *urbano-popular*. Some authors have worked broadly on this notion; this work prevents about the limits of this focus and draws a theory based on some Latin-American thinkers to fulfill the construction of an operative social and cultural concept of the phenomena associated to the poorest Colombian city inhabitant's way of life. The text makes a short review of paradigmatic approaches, which from social theory have achieved an important roll understanding the different forms of organization and the way of life in the so-called working class areas. Afterwards, the research focuses the Latin-American authors of the seventies and finally makes the analytical development of the *urbano-popular* concept.

Key words: working class urban - urban sociology - urbanization – latin america cities – social theory.

¹ Este artículo ha sido construido con base en una investigación, hasta ahora inédita, realizada en la localidad de Rafael Uribe Uribe durante varios años, financiada por el entonces IDCT (Instituto Distrital de Cultura y Turismo) entre 1997 y 1998. Dicho estudio sociocultural se realizó con algunos líderes comunitarios de la parte alta de la Localidad 18 y con estudiantes avanzados del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia de la época. Si bien la investigación completa contiene varios capítulos y numerosas referencias empíricas producto de un juicioso trabajo de campo, el presente texto es producto de una reelaboración conceptual de dicha experiencia la cual considero sigue manteniendo una vigencia innegable.

² Profesor titular emérito de la Universidad Nacional de Colombia. PhD en sociología y ciencias de la comunicación de la Universidad Complutense de Madrid. Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia.



El Paradigma Modernizante

El estudio desde la perspectiva de las Ciencias Sociales (Sociología, Economía, Antropología, Psicología, Historiografía), sobre las clases y sectores sociales urbano-populares en América Latina ha pasado por dos paradigmas de análisis, abriéndose en los ochenta a una perspectiva múltiple e interdisciplinaria de la cual pueden ya observarse elementos comunes. El primero, podemos denominarlo **modernizante**, el cual es desarrollado a partir de la segunda postguerra (1945). Se vive desde esa época un proceso acelerado de migración de sectores rurales a centros urbanos pequeños y medianos de la región. Este proceso fue motivado ya sea por la expansión de relaciones empresariales en zonas agrarias desplazando a las economías campesinas, ya por el carácter atractivo de estos centros como ofer-tadores de empleo, obras de infraestructura y servicios sociales, educación, canales de movilidad social, etc. Para 1950, el 30% de la población latinoamericana vivía en las ciudades, en tanto que para 1960 dicho porcentaje ascendía a un 46%. (Morse, 1971, p. 20).

Esta emergencia de nuevos habitantes urbanos vinculados en sus sitios de origen a redes sociales específicas y a culturas: indígenas, campesinas y aldeanas; su difícil inserción en los espacios y el tejido social, político y cultural ciudadanos, fueron analizados por investigadores de la región y de fuera de ella, desde una perspectiva dualista y evolutiva, propia de los paradigmas enton-

ces dominantes en las ciencias sociales, en especial en los Estados Unidos.

Así, Talcott Parsons, el más prestigioso científico social de la época, hablaba de una transición de los roles o papeles sociales desde la sociedad “tradicional” a la sociedad “moderna”, caracterizado por el paso de papeles y relaciones sociales implicados en ellos, de **afectivos a neutralmente afectivos**, de **particularistas a universalistas**, de **difusos a específicos**, de **adscriptivos** (basados en categorías como el sexo, la raza, la edad, el país de nacimiento) a los roles basados en el **desempeño** y la **capacidad**, de la orientación hacia los intereses **colectivos** a la orientación hacia los intereses **privados**. (Parsons, 1966).

En América Latina, la CEPAL (Comisión Económica para la América Latina), quien tuvo decisiva incidencia en la orientación de las Ciencias Sociales en la región y en las políticas públicas de muchos de los Estados latinoamericanos, asimila y recrea este paradigma, desde el punto de vista de un proyecto de desarrollo capitalista nacional y de Estado-bienestar, planteando la necesidad de integración a la sociedad vigente de estas crecientes agrupaciones de migrantes. Decía así la CEPAL a comienzos de los años 60:

Es posible estimar que grandes sectores de la población que habitaba en las ciudades principales de América Latina estaban constituidos por una masa de trabajadores y consumidores marginales y que una proporción importante de



La CEPAL, creadora del primer corpus de pensamiento económico latinoamericano e impulsora de un pensamiento no sólo económico, sino sociológico, aportó en el señalamiento de que en América Latina los procesos de urbanización no eran correlativos de los procesos de industrialización, como sucedió en Europa Occidental y los Estados Unidos.

esa población, aunque utilizaba algunas ventajas de la ciudad, no participaba realmente de los valores y normas que caracterizaban la cultura urbana (CEPAL, 1969, p. 132).

En verdad, la CEPAL, creadora del primer corpus de pensamiento económico latinoamericano e impulsora de un pensamiento no sólo económico, sino sociológico, aportó en el señalamiento de que en América Latina los procesos de urbanización no eran correlativos de los procesos de industrialización, como sucedió en Europa Occidental y los Estados Unidos, señalando que en esta región que Raúl Prebisch, su más prominente analista denominaba de “Capitalismo periférico”, la clase obrera no era predominante dentro de las clases populares.

Se llevaron también a cabo estudios de caso sobre los lugares de partida de los migrantes, sus ritmos, etapas y puntos de llegada y sobre los roles ocupacionales de los nuevos inmigrantes urbanos. Pero también, estos investigadores recrean la visión dualista, al elaborar la perspectiva emergente de la marginalidad (Veckemans, 1966) (Cardona, 1969) que mira a estos migrantes en

proceso de urbanización, desde la perspectiva de las “desviaciones” y “patologías”, personales y sociales.

Predominaba una visión desde arriba y desde afuera que no reconocía suficientemente las lógicas de acción urbano-populares, sus redes sociales, sus mecanismos de adaptación, sus expresiones culturales relativamente específicas. Era difícil abordar a este nuevo sujeto social desde sus perspectivas, su racionalidad de subsistencia, sus estrategias, su construcción de la realidad.

El Paradigma Dependientista

A mediados de la década del 60, las Ciencias Sociales en Latinoamérica registran un brusco cambio de paradigma, vinculado a la radicalización política de las universidades, de donde se reclutaban los investigadores sociales. Reivindican una matriz metodológica marxista predominando su interpretación estructuralista. Se crea lo que se ha llamado la “Escuela dependientista”. Sus cultores: economistas, sociólogos, historiadores, antropólogos, politólogos, filósofos, dirigentes políticos, parten de una gran totalidad, el sistema capitalista contemporáneo, concibiendo en su proceso de transnacionalización que en su seno se encuentran subsistemas asimétricos, (“centro” y “periferia”) fundamentados en relaciones de transferencia de valor de este subsistema y de dominación económica, política y cultural de aquél. Se enfrenta un capitalismo endógeno, industrializado, expansivo y avasallante y un capitalismo “dependiente”, (de economías vinculadas al mercado internacional, precariedad de la creación científica y tecnológica, débil sector industrial y carencia de desarrollo endógeno), en el cual se encontrarían casi todos los países latinoamericanos.



En este marco de análisis macroeconómico, estudiosos como Aníbal Quijano (Quijano, 1976), José Nun (Nun, 1969) y Paul Singer (Singer, 1976), entre muchos otros, confieren una nueva mirada a los pobres urbanos y suburbanos, discutiendo su función ante el capital como ejército de reserva, como “población sobrante” o más específicamente, “masa marginal”. Analistas como Aníbal Quijano y José Nun, planteaban el fenómeno de la denominada “marginalización”, no como sector escindido sino como una consecuencia estructural del modelo de acumulación del capitalismo dependiente. Argumentaban, así mismo, que por los hilos de la compra de materias primas y bienes de consumo a la industria nacional, el subcontrato y el crédito, estos sectores “marginales”, eran funcionales a la dinámica de la acumulación del capitalismo dependiente.

Sin abandonar el concepto, los teóricos de la “dependencia” piensan la que denominan “masa marginal” dentro de un sistema de premisas teóricas diferente, en la perspectiva estructural de la relación asimétrica: capitalismo de centro - capitalismo de periferia y en el contexto de las formaciones sociales latinoamericanas. De este modo, escribía Quijano:

En el enfoque alternativo, ‘marginalidad’ es un concepto que da cuenta de la manera indirecta, fragmentaria e inestable de inserción, a que crecientes segmentos de población son sometidos, en las tendencias que el modo de producción capitalista asume actualmente como dominantes y como consecuencia de lo cual estos segmentos pasan a ocupar el nivel más dominado del orden social en su conjunto (Quijano, 1976, p. 176).

Se hablaba también de un “mundo de la marginalidad urbana”, apuntando al hecho

de que esta masa marginal no era un remanente transitorio o coyuntural de población, como lo era en las formaciones sociales capitalistas clásicas el “ejército de reserva”, sino que se constituía como un excedente de población estable, e incluso en aumento, que comportaba ocupaciones “híbridas, inconsistentemente configuradas”. Los puestos de trabajo eran altamente rotativos, conjugando un mismo trabajador labores asalariadas transitorias, como en la construcción, con la actividad por cuenta propia, e incluso el desempeño como pequeños contratistas de mano de obra. Su participación en el consumo de bienes y servicios era precaria por sus condiciones de ingreso, cultura y su débil expresión como estrato social autónomo. Por ello, eran el receptáculo por excelencia de las políticas asistencialistas que manifestaban la tímida expresión del “Estado-bienestar” en América Latina, de los años 60.

Recogiendo aportes de estudios realizados en la región los cuales comportan marcos teóricos y metodologías diferentes a los comúnmente utilizados por los dependencistas (Funcionalismo, Psicoanálisis, Antropología Urbana, Técnicas de investigación etnográfica), planteaban que la familia se ramifica para crear una red de *parentesco* y de *compadrazgo* (Adler-Lomnitz, 1991). Pero ciertamente, estos enfoques sólo serán profundizados en una etapa posterior cuando se hayan superado los fundamentos, en parte economicistas y externalistas, de las teorías y los métodos de los estudiosos de la dependencia. Por demás, esta aproximación teórica dependencista constituye un contexto macroeconómico y macrosocial, que aporta al esclarecimiento de las leyes del capitalismo *periférico* y supera parcialmente la noción dualista de marginalidad.



En las visiones que aún adherían al enfoque leninista, de las que no se salva el mismo Quijano, los marginados sólo tenían porvenir al lado del proletariado urbano, de quien se seguía esperando que, a través de partidos dirigidos por intelectuales revolucionarios, a los cuales adherían varios de los más connotados teóricos dependentistas, liderase el proceso de revolución económica, social y política que liberara a los países latinoamericanos de sus dependencias y servidumbres.

El Campo Urbano-Popular, Nuevos Paradigmas de Análisis: Formas de Organización y Acción Colectiva

Clases, sectores y categorías urbano-populares.

Ya los estudiosos del paradigma dependencista, para quienes la clase social era un decisivo actor histórico, tenían dificultades para definir a los sectores urbano-populares como una clase social. En efecto, dentro de ellos la clase obrera industrial es una minoría en América Latina, teniendo en cuenta la debilidad relativa de esta rama económica en el *capitalismo periférico* y, más recientemente, la introducción de tecnologías automatizadas, altamente ahorradoras de mano de obra.

Característica del capitalismo periférico es la denominada informalización del empleo y el peso decisivo del trabajador por cuenta propia. Este proceso tiene lugar también en los países industrializados, pero su peso y su proyección en la dinámica económica, social y laboral, no es tan decisivo. En el caso de formaciones sociales como las predominantes en América Latina, el peso determinante de la informalidad (en Colombia, más del 50% del empleo está ligado a este tipo de ocupaciones), implica una extrema heterogeneidad laboral, social y productiva. En el

sector informal tenemos a los vendedores ambulantes de mercancías nacionales y, crecientemente, extranjeras, quienes realizan la venta al menudeo, en espacios públicos generalmente, derivando márgenes de utilidad muy pequeños, adecuándose a las condiciones limitadas de ingresos en especial del habitante urbano-popular.

Deben considerarse, así mismo, la importancia de labores artesanales, fundamentadas básicamente en el trabajo individual y/o familiar. Ella es considerada una forma de producción específica, con una racionalidad doméstica, en donde se utiliza como mano de obra la fuerza de trabajo familiar. Esta actividad registra numerosos oficios, muchos de los cuales reúnen saberes no formalizados inculcados por vía personal y oral, que hacen parte de las culturas urbano-populares: sastres, zapateros, modistas, panaderos, electricistas, latoneros, impresores, mecánicos, marroquineros, etc.

Deben considerarse también en el sector informal, pequeñas y medianas empresas que utilizan algunos trabajadores asalariados excedentes a la fuerza de trabajo familiar, en condiciones de contratos laborales no claramente regulados y muchas veces con recortes de prestaciones sociales. Tengamos en cuenta también en el campo urbano-popular los pequeños comerciantes de tiendas, panaderías, misceláneas, etc, los cuales, si bien, ocupan un estrato superior al del vendedor ambulante o el trabajador, viven generalmente en sus zonas de venta y participan de las redes sociales barriales allí imperantes.

Registramos en el campo urbano-popular a otro tipo de ocupaciones propias del denominado sector “terciario” o de “servicios”, legalizadas unas y otras semilegalizadas, como el de vigilantes (vinculado a la creciente privatización y reclusión de espacios públi-



cos, edificios y residencias en las ciudades), jardineros y conductores (de servicio público generalmente), empleados/as en salones de belleza, en restaurantes, cafeterías, almacenes, etc; aseadoras, mensajeros, etc.

Existen también asalariados, obreros y empleados de empresas formales, en algunos casos vinculados a empresas multinacionales, así como a empresas nacionales medianas y pequeñas. La denominada eufemísticamente “flexibilización de trabajo” implica, en grandes y medianas empresas, la erosión del trabajo estable y el recorte de prestaciones sociales. Es uno de los sectores más dinámicos en estas economías periféricas, generando una alta demanda de empleo no calificado (“la rusa”, es denominado popularmente en Bogotá). El trabajo de empleadas domésticas, hoy en contratos por días generalmente, es uno de los que demanda más mano de obra femenina de los sectores urbano-populares.

Lo común a este amplio abanico de ocupaciones (propias tanto de lo que se denomina el sector “formal” como del sector “informal”) es su carácter no calificado o semicalificado (en menor número de casos calificado); su inestabilidad en el caso de trabajar para un empleador como ya se dijo y el alto número de trabajadores por cuenta propia. Sin que pretendamos definir lo urbano-popular, de acuerdo a los índices convencionales de pobreza relativa o absoluta o a las Necesidades Básicas Insatisfechas, (NBI) lo cierto es que la población urbano-popular tiende a estar dentro de estos límites de pobreza relativa o absoluta y con al menos una “necesidad básica insatisfecha”

Finalmente (en esta enumeración que no aspira a ser exhaustiva), tenemos a los *maestros* y *estudiantes*, como categorías sociales específicas. En esta categorización no pue-

de caber sólo el mundo de los trabajadores que venden mercancías o devengan un salario. También debe considerarse a categorías de *jóvenes* que no están vinculados establemente al trabajo o la escuela (en nuestro estudio tanto parches “sanos” como pandillas), así mismo han de considerarse las amas de casa, esenciales en la constitución de redes sociales en la cuadra, el sector o el barrio.

No es el objetivo de estas consideraciones teóricas realizar un análisis a fondo del problema de la “informalidad” (definida por nosotros no sólo como categoría jurídica, sino socioeconómica), considerando que, por demás, ella no agota las posibilidades laborales en el campo urbano-popular, aunque sí es allí predominante. En el caso de la economía informal aludamos en este contexto a las unidades de producción-reproducción, de tipo individual, familiar, cooperativo o comunitario, que se hallan orientadas hacia la reproducción de sus miembros y que dependen del ejercicio continuado de su fuerza de trabajo. En general, sus condiciones técnicas, en unos casos, las dificultades del crédito y la comercialización o el capital empeñado en la compra de mercancías para la venta, en otros, implica que esta actividad no genera un proceso sostenido de acumulación de capital. Estas “unidades de reproducción” (Coraggio: 1991, p. 337) dependen de su propio fondo de trabajo (las capacidades conjuntas de trabajo de sus miembros), pues no tienen acumulada una masa de capital que les permita sobrevivir. Al mismo tiempo, aunque consideramos aquí a las famiempresas de producción de mercancías y servicios o de venta de aquellas, éstas no poseen tampoco un número apreciable de asalariados, que les permita involucrarse en procesos regulares de acumulación de capital. Ello no excluye, sin embargo, formas



de explotación del propio trabajo familiar o de asalariados muchas veces temporarios. Sobre esta problemática José Luis Coraggio, analista latinoamericano de las economías “populares”, escribe:

Según este criterio, la condición fundamental para clasificar de “popular” a una unidad de reproducción es el trabajo propio (en relación de dependencia o por cuenta propia). En términos de clases, nos referimos entonces a lo que genéricamente suele denominarse “trabajadores” y a los miembros de sus unidades domésticas” (Coraggio, 1991, p. 337).

Con todo, el calificativo de “clases trabajadoras” encubre muy diversas situaciones socio-laborales, como lo señala Julián Arturo: “La realidad del sector informal replantea el análisis de categorías como clases sociales”. (Arturo, 1993, p. 68).

El desempleo y el subempleo común en este campo social, no puede categorizarse bajo el concepto, utilizado por Marx en condiciones muy específicas, de *Ejército de reserva*. Ya los analistas marxistas adscritos al paradigma dependentista señalaban, según se vio, que la industria y, en general, el sector productivo del capitalismo periférico, no está requiriendo masas crecientes de fuerza de trabajo, con más razón en condiciones de automatización, que, incluso, arrojan al desempleo antiguos operarios. Puede señalarse que a los trabajadores y unidades de la “economía popular” (Coraggio), diversas redes económicas los vinculan a empresas nacionales y transnacionales, sea por la compra de mercancías para vender al por menor, sea como trabajadores directos, sea en las formas de trabajo a domicilio y deslocalización del proceso industrial. Pero, debe anotarse que esta población no es prioritaria ni como

ejército de reserva, sino tampoco en calidad de mercado (dados sus muy bajos ingresos) y considerando el carácter de motores de la economía en el capitalismo periférico de sectores financieros, mineros y agrarios, algunos de ellos vinculados a la exportación. Como lo señala Coraggio:

Aunque involuntariamente, la población [urbano-popula] adquiere grados crecientes de autonomización del control económico directo del capital. Su aglomeración en las ciudades o su expulsión del campo, no es ya tanto resultado de la inversión capitalista, como de los aspectos espaciales de la estrategia de supervivencia de los sectores populares en los intersticios del sistema de acumulación. La ciudad se presenta por ahora como un contexto en el que es posible desarrollar más variantes tácticas para la sobrevivencia familiar. Pero aún en las ciudades, su reproducción amenaza dejar de ser un asunto de Estado, permitiendo llegar hasta los límites biológicos de conservación de la vida. (Coraggio, 1991, p. 324)

Otra denominación reductiva para referirse a sectores urbano-populares no vinculados establemente a la actividad productiva, es la de “lumpen” (*Lumpenproletariat*: “proletariado andrajoso”). En esta denominación no se enfatiza la supuesta funcionalidad suya frente al capital, sino, por el contrario, su *afuncionalidad*. Ni mano de obra disponible, ni rebeldes o revolucionarios, aquí se hace referencia a las capas delincuenciales, sean ellas esporádicas o permanentes. Sin embargo, como lo analizaremos a espacio al referimos al pandillismo, existe un sector social relativamente amplio, en especial en la juventud, el cual vive entre la legalidad y la ilegalidad, vinculado a acciones delincuenciales o ilícitas



(hurto, atraco, consumo de estupefacientes), sin que sean necesariamente delincuentes profesionales. Aquí podemos referirnos en el caso colombiano a ciertos tipos de *parche*, a la *gallada*, a la *pandilla*. Con otros apelativos y con diversos grados de expansión, estudiosos latinoamericanos se refieren al mismo fenómeno como lo referenciaremos luego. El calificativo por demás estigmatizante y condenatorio, de “lumpen” para estos sectores, nada aporta al análisis sociológico.

‘El árbol de la teoría es gris y verde el árbol de la vida’, escribía Goethe. Es necesario ser capaces de replantear aquellas categorías que van siendo rebasadas por el incesante devenir de la realidad social. Si categorías como “ñero” o “desechable” sirven para legitimar la eliminación o el acoso para determinados sectores sociales del campo urbano-popular, la categoría reductiva de “lumpen” sirvió para legitimar también abusos que se registraron en países socialistas contra determinadas categorías de población, no “funcionales” a este sistema.

Teniendo en cuenta una amplia población en el campo urbano-popular que no posee una vinculación laboral estable (recuérdese el papel decisivo en el marxismo la función educadora de la fábrica), hablaremos en estos casos de “sectores sociales” y “categorías sociales”, adscritos al campo urbano-popular. Por tanto, este campo social, que definiremos más adelante estaría constituido genéricamente de clases trabajadoras, definidas atrás y de sectores y categorías sociales donde pueden analizarse categorías socioculturales específicas, por ejemplo el joven.

Podemos entonces referirnos en el campo urbano-popular, en primer lugar, a un conjunto de clases trabajadoras, que no sólo atañen al trabajador informal, ya que cubren también a trabajadores de empresas capita-

listas y del Estado, así como a la categoría de empleados bajos de estas empresas privadas y públicas. A su interior, es cierto, existen *estratos sociales*, definidos por indicadores como su nivel de ingresos, educación, ocupación y modo de vida. A su vez, estos estratos son el sustento social de status definidos por los niveles de consumo, (vestido, música, vivienda), por el nivel escolar, características socioculturales, etc.

Pero los miembros de lo que hemos denominado (en continuidad y crítica, a la vez, de una vieja tradición), las clases y sectores populares urbanos ocupan un conjunto de *posiciones* en los planos económicos, sociales político y cultural, que constituyen un espacio de pertenencia y condicionamiento estructural. Siguiendo este tipo de razonamiento, el historiador Luis Alberto Romero escribe:

Las identidades se constituyen en el marco de un campo social, en relación con otras o, más exactamente, contra otras identidades. Empujadas por las tendencias a la fragmentación, cada identidad es una y varias a la vez; empujadas por lo que fueron y van a ser, son iguales y distintas a sí mismas. Por ambas razones, sus límites son fluidos y cambiantes, aunque puede identificarse en ellas un núcleo duro. (Romero, 1994, p. 277).

Podemos hablar aquí genéricamente de “sectores sociales”, y en su seno referirnos a categorías como el ama de casa o el joven y al interior de ésta, formas organizativas específicas, como el *parche*, la *pandilla*, etc.

Señalemos también que la categoría genérica de lo urbano-popular, no es un concepto ontológico, ahistórico. Se transforma históricamente en su cambiante relación con el campo hegemónico. Algunos de sus miembros pueden registrar procesos de



movilidad ascendente, para ingresar a otras clases sociales. A su interior sus formas económicas, sus redes sociales, sus expresiones políticas, sus manifestaciones culturales, se van transformando, producto de fuerzas exógenas y endógenas. Aquellas vinculadas a cambios en los modelos de acumulación de capital, a las diversas políticas del Estado, hoy en día, a su inserción dentro de los procesos de globalización. Éstas, vinculadas a sus estrategias de sobrevivencia, a sus formas organizativas cambiantes, a sus expresiones de autorrepresentación, a sus relaciones con el campo hegemónico, ya sea de sumisión, ya de resistencia, ya, lo que es más frecuente, a sus estrategias de negociación, adaptación selectiva, presión, resistencia oblicua, desobediencia civil, etc.

El campo urbano-popular

Las clases y sectores urbano-populares no constituyen pues, un sujeto histórico unificado. No son un actor colectivo constituido, sino un conjunto de agentes, organizados en diversas formas, que establecen relaciones entre sus diversos miembros de competencia, negociación, coalición, así como plantean relaciones asimétricas, resueltas de diversas formas, con el campo hegemónico.

En esta misma óptica de análisis, buscando, con todo más precisión para el concepto de *campo social* (y dentro de él, de *campo urbano-popular*) nos referiremos a los esclarecedores desarrollos contemporáneos del sociólogo Pierre Bourdieu, confrontando sus elaboraciones teóricas con el conjunto de agentes sociales que son objeto de nuestra reflexión, cuando ellas no dan cuenta de especificidades de la realidad latinoamericana, seguramente extensibles a otras sociedades nacionales periféricas en el mundo

El campo urbano-popular designa hoy en día, el espacio social donde existe un conjunto de población que asciende en las ciudades latinoamericanas a una proporción del total de sus habitantes que pueden oscilar entre un cincuenta y un setenta por ciento. Desde un punto de vista contemporáneo estos sectores sociales podrían concebirse como un *campo*. Sobre esta categoría central en su sistema (la cual posee antecedentes en las Ciencias Sociales) escribe Pierre Bourdieu:

En términos analíticos un campo puede definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación (situs) actual y potencial en la estructura de la distribución de los diferentes espacios de poder (o de capital). -cuya posesión significa el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo- y de paso por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.) (...) El campo es escenario de relaciones de fuerza y de luchas encaminadas a transformarlas y, por consiguiente el sitio de un cambio permanente (Bourdieu, 1995, p. 64).

En el campo urbano-popular (según la tentativa teórica que hacemos de construcción del concepto), entran en relación tanto de cooperación como de competencia, agentes adscritos a determinadas posiciones sociales, quienes se caracterizan por poseer una situación estructuralmente subordinada. En la formación social nacional, en el conjunto de las especies de "capital" (económico, social, político, cultural) se hallan en un cuádruple proceso de exclusión, o en todo caso, de



apropiación parcial. Esta situación implica, en primer lugar, una situación *subordinada* en las relaciones laborales (asalariados, vinculación ocasional) o la posesión de microempresas, o pequeños negocios, algunos de ellos ambulantes, que no generan, como se anotó, de modo consistente acumulación de capital, ni pueden incidir decisivamente sobre los procesos de producción y distribución en el seno de la sociedad global. Son objeto de políticas y procesos económicos, antes que partícipes decisivos.

En el plano social, se hallan en los últimos peldaños de la escala de *status* y *roles* sociales. Con bajos ingresos y, consecuentemente, con niveles de consumo precarios, se hallan situados en los rangos de la pobreza absoluta y crítica, según los indicadores aceptados por agencias estatales y transnacionales. Habitan en zonas degradadas de los centros urbanos y en las inmensas periferias de ellos, con dotaciones precarias de servicios. Su vestimenta, sus usos y costumbres, su modo de hablar, implica para las demás clases y estratos sociales, en muchos casos procesos de estigmatización o subordinación. Sus *redes sociales* (su *capital social*) contribuyen a su supervivencia individual o colectiva, pero implican, hacia otras clases y estratos, reproducir formas de subordinación.

En el plano político, los agentes pertenecientes al campo urbano-popular poseen acceso subordinado a bienes y servicios del Estado, a través de redes clientelistas o formas de presión puntuales desde el poder local o desde instancias gubernamentales. Pero no alcanzan una representación hegemónica en ninguna de las instituciones del Estado. Sus intereses, sólo de modo parcial o refractado, son tenidos en cuenta en las decisiones nacionales y locales. El clien-

telismo, forma dominante suya de relación con diversas instancias estatales y partidos políticos, implica una relación de reciprocidad asimétrica. Si bien, el apoyo electoral a un partido determinado implica de parte de éste, contraprestaciones determinadas, lo cierto es que no participan de modo decisivo en las orientaciones de las políticas estatales que atañen a sus intereses.

Desde la esfera de los bienes simbólicos, los sectores populares urbanos expresan una apropiación desigual del *capital cultural*, redundando en escasa valorización de su fuerza de trabajo y en mecanismos de exclusión para el acceso a conocimientos y destrezas indispensables en el desempeño de un ciudadano moderno. Sus Escuelas y colegios, públicos y privados, expresan en su mayor parte deterioro físico, estancamiento tecnológico, maestros y estudiantes desmotivados, sin disciplina de trabajo o estudio. Esto se manifiesta en currículos rutinarios, autoritarismo, métodos memorísticos y alta deserción escolar. Los estudiantes expresan notables dificultades para vincular los contenidos de su educación escolar con su previo capital simbólico y sus expectativas existenciales, sociales y laborales. Tal como lo señala Beatriz Sarlo, penetrante analista de los fenómenos culturales contemporáneos, refiriéndose a los sectores urbano-populares en América Latina.

Esas sociedades están hoy dualizadas no solamente desde el punto de vista económico, sino también desde el punto de vista del acceso a los bienes simbólicos. Uno puede decir que los sectores populares tienen su cultura y eso es verdad, pero esos sectores quedan encerrados y ocupados desde el satélite. (Sarlo, 1997, p. 3)



Asumiendo la carencia o deficiencia de la institución escolar, señalemos que pueden existir otras *mediaciones socioculturales*, entendidas como afiliaciones a determinadas organizaciones y grupos sociales, que implican un cierto capital cultural: formas de conocimiento, valoración y práctica.

Las estrategias de supervivencia económica, las redes sociales y las expresiones simbólico-expresivas pertenecientes al campo urbano - popular, no expresan necesariamente una relación pasiva frente a lo hegemónico, ni frente a distintas expresiones culturales, mediáticas, regionales, campesinas, etc. Desde la teoría de la *recepción cultural* se puede comprender que la asimilación de las imágenes, interpretaciones, valores y prácticas institucionalizadas, vehiculizadas desde el Estado, la Escuela, las iglesias, los medios de comunicación, etc., pueden ser, en mayor o menor grado según el tipo de agente social y los contextos, resignificadas y recreadas, en función de matrices sociales y culturales previas. La pertenencia a una familia, el origen étnico, la territorialidad barrial, las adhesiones religiosas, culturales, etc., crean identidades restringidas, que funcionan en calidad de “comunidades de sentido”. Desde la perspectiva que nos ocupa proponen a sus adherentes códigos de interpretación, orientaciones éticas y clasificaciones sobre la realidad personal, familiar, barrial, ciudadana, nacional, internacional y, en algunos casos, sobrenatural. Como ha señalado Stuart Hall en relación con el campo cultural:

Se trata de un campo de límites fluctuantes; entre sus polos - el popular y el de élite, en este caso - hay todo tipo de relaciones: imposición, aceptación, préstamo, apropiación. Lo que separa a lo popular de lo que no lo es, no

se define de una vez para siempre, sino que es el resultado concreto de una fase concreta de este conflicto, y como tal, se desplaza, avanza o retrocede (...) Esa mezcla es la propia de todo el proceso social y cultural: el conflicto, la coexistencia, la impureza. (Romero, 1994, p. 275).

La visión aquí presentada implica una mirada del campo popular - urbano que, reconociendo los procesos de **subordinación estructural** ligados a una formación social específica, acepta no obstante, su capacidad de dinamismo y recreación, sus creaciones: materiales, sociales, culturales, lábiles, no siempre deliberadas, sincréticas, contestatarias, en unos, adaptativas en otros. Confrontando a veces, esos límites estructurales, o bien, jugando dentro de ellos sus apuestas y sus estrategias.

Aunque asumen posiciones teóricas y metodológicas diferentes, consideramos que tanto la Escuela británica de los Estudios culturales, como Bourdieu, en una perspectiva genuinamente dialéctica, consideran *la dimensión material de los procesos simbólicos y la dimensión simbólica de los procesos materiales* (Williams, 1994). Ni idealismo, ni materialismo reduccionistas: economía, política, cultura, son igualmente elementos esenciales en la reproducción social, son **co-creadores** de la estructura social. El ser humano puede ser definido como un “A tool-making animal” (un animal que fabrica instrumentos), de acuerdo con la definición de Benjamín Franklin, que retomaba Marx (Marx, 1968), pero también puede ser definido, con la misma esencialidad, como un “animal simbólico”, de acuerdo a la concepción de Ernst Cassirer. Trabajo material y producción simbólica pueden determinarse mutuamente y, en condiciones específicas, uno puede influir más decisivamente sobre el otro. Pero



cada orden social posee una especificidad relativa, ni la producción simbólica es simplemente “reflejo” de las condiciones económicas, ni éstas lo son de aquellas. Cada una de ellas es irreductible, posee una especificidad y una autonomía relativas. En el análisis concreto, el investigador debe indagar sobre el *carácter particular* de sus interrelaciones.

Pero consideramos que la producción investigativa en América Latina, sobre los procesos culturales, aún asumiendo esta interrelación de Economía, Política y Cultura (o, porque no, de Cultura, Política, Economía), va más allá que las corrientes francesas o británicas. En efecto, sus estudios concretos sobre lo que se denomina *transculturación* (Ortiz, 1977) opuesta al vocablo anglosajón (etnocéntrico y evolucionista, según lo consideraba Malinowski) de *aculturación* (acculturation), la concepción del *mestizaje cultural* (Barbero, 1987) y la de *culturas híbridas* (García Canclini, 1990), han demostrado las múltiples y complejas interrelaciones entre culturas (o subculturas) indígenas, afroamericanas, campesinas, urbanas, de élite, (que implicando la ciencia moderna, no pueden ser reducidas simplemente a hegemónicas), de los medios de comunicación de masas, hegemónicas, etc.

Es un campo conflictivo en donde existen luchas por la legitimidad de determinadas percepciones, interpretaciones, valoraciones, costumbres, etc. Pero no pueden plantearse como compartimentos estancos, sino en interpenetración permanente. En ese sentido lo *popular-urbano* no podría ser definido como aquellas expresiones económicas, sociológicas, culturales “puras”, “incontaminadas”, según cierta visión romántica, o en la forma de la conciencia de clase “imputada”, es decir, sólo aquellas expresiones abiertamente de resistencia, adscribiendo todas las

América Latina sufrió el impacto violento de la colonización europea. Pero la cultura que va emergiendo no es la simple proyección de la cultura, la sociedad, la economía del conquistador, ni tampoco del indígena o del negro.

otras expresiones a una conciencia pequeño-burguesa. Lo que es importante de ser señalado es que la asimilación de estos diversos elementos (que pueden incluir, como se dijo la violencia simbólica), se realiza desde un campo social específico, que supone un horizonte de posibilidades y expectativas, propio de un conjunto de actividades laborales, de redes sociales y de intercambio simbólico, particulares.

América Latina sufrió el impacto violento de la colonización europea. Pero la cultura que va emergiendo no es la simple proyección de la cultura, la sociedad, la economía del conquistador, ni tampoco del indígena o del negro. Del mismo modo, a pesar de la subordinación estructural del *campo urbano-popular*, sus relaciones con lo hegemónico no se dejan pensar solo en la dicotomía sumisión-resistencia. Ellas son condiciones límite, pero en la práctica las relaciones son más complejas y no sólo remiten a las figuras del alienado, agente pasivo del capital y de la ideología dominante, de un lado, o del revolucionario, de otro, quien con su “conciencia de clase” plantearía una economía, una sociedad y una cultura claramente alternativas.

El conflicto en los agentes del campo urbano-popular inherente a su condición de subordinación estructural, puede expresarse en diversas formas. La negociación (que implica conciencia e intermediación de in-



tereses específicos); la adopción parcial de rasgos sociales o culturales; el 'se obedece, pero no se cumple', tan propio del carácter ladino colonial, como estrategia de resistencia oblicua; en el límite la permanente elusión de normas y valores de la sociedad hegemónica (debiéndose distinguir, como después se verá, entre la anomia y la generación de normas y valores alternativos); en fin, otras formas de relación oblicua, en donde se negocia con un político, un funcionario estatal, etc., pero, al mismo tiempo, se mantiene una distancia frente a él, se realizan presiones específicas, se acude a veces al marco legal para defender intereses de un barrio, un grupo social, etc; o se acude a presiones abiertas, movilizaciones sociales, incluso violentas para defender determinados intereses. De nuevo, es la investigación empírica sobre casos concretos la que puede dar cuenta del carácter específico de estas relaciones.

En el campo cultural, que nos interesa particularmente en esta perspectiva (ya que han sido mucho más abundantes las investigaciones sobre condiciones económicas, laborales, familiares, políticas en el campo *urbano-popular*) las expresiones de sincretismo, las relaciones entre diversos capitales culturales son complejas.

En el habitante popular-urbano, en sus viviendas, en sus vestidos, en su cocina, en su habla cotidiana, en sus relaciones sociales, en sus expresiones políticas, en sus imaginarios, en su consumo y producción cultural, se expresa así un permanente sincretismo que implica interpenetración y transformación de los elementos previos, entre lo campesino y aldeano, vinculado al origen predominante de migrantes de primer y segunda generación, con las imágenes, sonidos y textos de los medios electrónicos audiovisuales, y con la cultura de élite inculcada especialmente

en la Escuela. Lo sagrado y lo profano; lo familiar, lo barrial, lo ciudadano y cosmopolita; lo legal y lo ilegal, se confunden, coexisten y dinamizan estrategias de sobrevivencia, hábitos, imaginarios y formas de sociabilidad y de trabajo, usos, costumbres y convenciones.

La fragmentación del sujeto y las identidades restringidas

La fragmentación, el descentramiento, las *identidades restringidas* son una característica que, si bien atribuible también a una condición posmoderna, expresa, para lo que aquí nos interesa, un modo de existencia característica en los sectores populares urbanos. Existen diversas *posiciones de sujeto* vinculadas al ejercicio de múltiples roles sociales. El progresivo debilitamiento del Estado-bienestar, la degradación de la estabilidad laboral en las empresas privadas y públicas, la informalización generalizada de la economía, la erosión de referentes simbólicos y normativos colectivos por la pluralidad de subculturas (regionales, religiosas, generacionales) y por el carácter *corporativista* y *patrimonialista* como las clases dirigentes conciben su papel en la sociedad, incapacitadas para proponer un orden normativo-simbólico compartido y un proyecto nacional movilizador, acentúan esta extrema fragmentación de las identidades, esta carencia de referentes colectivos, esta debilidad de un sistema normativo y ético unificador, esta dificultad de construir un "orden negociado". Sobre estos tópicos, escribe Carlos Guerra Rodríguez:

El alto grado de fragmentariedad que en nuestro tiempo están alcanzando las identidades de los sujetos (tanto individuales como colectivos), ha elevado el número de sujetos fractu-



rados en la sociedad y el de aquellos que tienen dificultades para articular los ámbitos de su subjetividad (...) Podemos observar que los sujetos tienen dificultades para apropiarse o sentirse inmersos en una territorialidad, para articular en su subjetividad aquello que tiene que ver con los proyectos de futuro y las utopías, que serían realmente los que estarían en crisis. (Guerra, 1996, p. 31)

El poblador popular es, a la vez, dueño o arrendatario de vivienda, trabajador para otros o, más frecuentemente, por cuenta propia; habitante de un barrio; integrante de una familia nuclear y, en ciertos casos, extensa; posible miembro de un equipo deportivo; contertulio de un grupo de amigos en la tienda o en la calle; fiel de una devoción religiosa, (católica y crecientemente protestantes), miembro eventual de organizaciones de mujeres, ecológicas, cívicas o culturales; militante o partícipe interesado de un grupo político o de la clientela de un concejal o congresista; estudiante, etc.

Si al interior del barrio o de la familia se conservan con frecuencia formas de vestir y de actuar y redes socioculturales que podrían denominarse familísticas, comunitarias, particularistas, donde se gestan, como vimos, elementos de solidaridad e intercambio recíproco, a veces de raigambre campesina, aldeana o aún indígena; en sus relaciones con instituciones del Estado o agentes económicos modernos, se desarrolla una racionalidad con arreglo a "fines", calculadora y pragmática. Egoísmo y comunitarismo, igualitarismo y jeraquización, rebelión y aceptación, cálculo y afectividad, status y contrato, se vinculan en el *mundo de la vida* de este poblador urbano. En esta trama impura, no reductible ni a idealizaciones, ni a estigmatizaciones, igualmente unilaterales

y empobrecedoras, se constituyen formas productivas, relaciones comunitarias, rasgos culturales, que son diferentes a los expresados por otras clases y categorías sociales en el mismo espacio urbano, creando el fundamento de una muy particular versión de la modernidad latinoamericana.

El sincretismo: una síntesis adaptativa, inestable y cambiante

El habitante urbano-popular sintetiza en su mentalidad y en su praxis, sin que se lo proponga concientemente, una serie de expresiones opuestas, que en el pensamiento occidental han aparecido como excluyentes (tipologías polares) y que en sus actitudes y evaluaciones, su cultura en suma, aparecen más bien como complementarias. Crea sincretismos, síntesis inestables, no definitivas, porque de acuerdo a sus ámbitos de acción o a las relaciones que establece en un momento dado, puede desarrollar lógicas de acción más acordes con uno u otro polo de la relación hablaba de configuraciones fragmentarias en la cultura popular, adscribiendo al intelectual orgánico suyo la necesidad de su sistematización. Pero en el habitante urbano-popular estos diversos rasgos o elementos no simplemente coexisten, sino que un aspecto de la relación desplaza a la otra en ciertas esferas, se interpenetran y también entran en nexos conflictivos por ocupar determinados espacios.

En este texto nos referimos a un proceso de sincretismo, para aludir a una noción que ha sido pensada para dar cuenta de procesos heterogéneos, impuros, que superan la sola referencia a una de las fuentes de estímulo sociocultural. Esta concepción rompe con la visión evolucionista que implica considerar la transición necesaria en el ciudadano urbani-



zados desde los roles, relaciones sociales y expresiones culturales que corresponden al polo de la tradicionalidad, hacia el polo de la modernidad. Nos referiremos brevemente a las siguientes polaridades y su diversa presencia en el agente urbano-popular: *Público-privado, religioso-profano, oralidad primaria-oralidad secundaria, campesino-urbano, local-cosmopolita, legal-ilegal*.

Existe una visión ideal de lo público, según la referiremos luego, como espacio sustraído al Estado y al mercado, ámbito del ciudadano. Por otro lado, en la práctica diversas fuerzas económicas tienden a su privatización. Pero en los barrios urbano-populares estas expresiones funcionan interpenetrándose. Los andenes, las calles, las playas, los parques se ocupan de facto, en casi toda América Latina. En Colombia por urbanizadores piratas, invasores, dueños de tiendas y almacenes, parches o pandillas. Los dineros públicos, destinados para obras barriales, parcial o totalmente, en ocasiones son apropiados privadamente, por dirigentes de Juntas de Acción Comunal, funcionarios, etc. Pero también el ámbito doméstico es penetrado por una expresión específica de lo público: lo comunitario.

En efecto las nociones de privacidad son diferentes a las manejadas por el ciudadano de clases medias y altas, por cuanto en la cuadra, el sector o el barrio se tejen relaciones sociales cara a cara, afectivas, que implican control de la vida privada, que suponen una interpenetración entre la vida doméstica y la vida de comunidad. El chisme manifiesta el control colectivo sobre la vida individual y familiar. En este caso, lo público se expresa en el nivel barrial, pero no existe una noción de lo público que involucre la ciudad y menos el país. La relación con el Estado es muchas veces privatista (la cual responde al carácter

corporativo y patrimonialista que deriva de la lógica de muchos agentes estatales de diverso rango), para expresarse por lazos clientelistas, personalizados, o de presión puntual.

En relación a la polaridad *sagrado-profano*, puede señalarse que existe una relación conflictiva con la religiosidad eclesiástica, en donde el creyente urbano-popular sacraliza espacios o conductas consideradas profanas y profaniza espacios o conductas consideradas sagradas, desde la óptica hegemónica. Por ello, la firme creencia en la posibilidad permanente de la intervención sobrenatural, que puede coexistir con un cumplimiento laxo de obligaciones rituales (misa, confesión, sacramentos), y de la ética cristiana (egoísmo, individualismo, racionalidad instrumental) sin dejar de considerarse el fiel, profundamente religioso. En este contexto, coexisten en el adherente urbano-popular, rituales y creencias que pueden pertenecer a más de una religión, con prácticas mágicas, parapsicológicas, esotéricas.

A su vez, lo religioso y lo profano pueden coexistir cuando se extreman los rituales y símbolos de la religiosidad, pero en las actitudes y comportamientos, se puede violar la ética o ciertas prohibiciones insertas en estas religiones. La familiaridad con Dios implica una relación de negociación, de contraprestaciones hasta cierto punto interesadas, que reproduce un patrón inconsciente y recurrente de sus relaciones sociales. La firme creencia en una realidad sobrenatural (la "hierofanía", como lo expresa Mircea Eliade), poblada de Dios, los ángeles, los santos y los muertos en los católicos y casi reducida a Dios en las sectas protestantes y paracristianas), puede implicar una familiaridad (sobre todo en el caso de los primeros), compatible con comportamientos profanos, incluso "inmorales" desde la doctrina religiosa.



El ciudadano urbano-popular no cabe en una visión tradicionalista que le adscriba una mentalidad propia del “realismo mágico”, en todas sus percepciones y actitudes, pero tampoco posee los rasgos sociales y de carácter de un poblador medio de una ciudad del Primer Mundo. Dios y el Diablo, bueno y malo, gracia y pecado, no son opuestos antinómicos, sino complementarios e incluso intercambiables. Por esto se habla de una religiosidad popular, la cual, dado el peso decisivo del cristianismo en América Latina, posee características peculiares.

Dentro de estas orientaciones tipológicas evolutivas, que han contribuido a crear los paradigmas del pensamiento contemporáneo, se suele hablar que en la metrópolis moderna se evoluciona desde una *oralidad primaria*, basada en la relación cara a cara, el sentido comunitario, memorias fundamentadas en mitos y relatos colectivos, la socialización por vía hablada más que escrita. Hoy estaríamos adviniendo a la “civilización videoacústica” en donde existiría una desterritorialización cultural, predominando una relación con la ciudad, el país y el mundo a través de los medios electrónicos como la televisión, la radio, el fax, el computador, internet, etc. La *oralidad secundaria* (Walter Ong), mediada por los personajes, las imágenes y textos de estos medios de comunicación de masas reemplazarían las interacciones directas, la relación cara a cara, el sentimiento de territorialidad.

Pero en el barrio urbano-popular coexisten y también se influyen la oralidad cotidiana de la casa, la tienda, la iglesia, el paradero, la cafetería, el parque, el salón de belleza, con la oralidad de los medios audiovisuales electrónicos, donde incluimos a la grabadora y el equipo de sonido, que implican la relación prioritaria con la música a través de la radio, la

televisión, pero también CD's, actividad decisiva en la vida del habitante urbano-popular. En ciertos casos, estos ámbitos de vida se relacionan. Las mujeres o los jóvenes pueden comentar la telenovela, el dramatizado, el espectáculo musical o los hombres adultos discutir sobre el partido de fútbol, visto en familia o comunitariamente, en la televisión. En las canciones de los raperos se conjugan estos dos tipos de oralidad. Recogen vivencias, relatos, quejas y reclamos, encuentros y desencuentros, amores y desamores del joven en estos sectores barriales y en estas mismas letras, se alude a cantantes, actores de cine, objetos de consumo, etc.

Pero no puede hablarse aún de una relación interactiva, el escucha de la radio y/o de la música y el televidente no logran influir, hacerse oír, frente a los que crean los contenidos vehiculizados por la industria cultural. Hay obstáculos estructurales a una apropiación de capital cultural, que permita un manejo comunitario del video, de la grabadora, de la televisión, que viabilice también que otros sectores sociales puedan recibir lo que es elaborado por los actores sociales (jóvenes, mujeres, adultos) urbano-populares. Que se expresen en los medios otros rostros, otras voces, otros intereses.

Relacionados con la *oralidad primaria* y *secundaria*, se hallan las nociones de lo *campesino* y lo *urbano*. Se supone, en el esquema evolucionista criticado, que las generaciones sucesivas que ya viven en el espacio urbano, asimiladas plenamente, olvidan las formas productivas, las redes sociales, los imaginarios, la mentalidad campesina. Pero el poblador urbano-popular, que en Colombia particularmente, ha sido productor de grandes corrientes migratorias, inducidas en buena parte por las violencias que cruzan los sectores agrarios del país, con su secuela



El barrio, se constituye en un espacio físico de relaciones sociales y simbólicas, mediador entre el migrante y la gran ciudad.

de desplazados forzosos, desde hace más de medio siglo, las formas de percibir y valorar el mundo, las costumbres, las redes sociales, la religiosidad de estas poblaciones campesinas y aldeanas se híbrida con expresiones generadas por el nuevo hábitat urbano. El barrio, se constituye en un espacio físico de relaciones sociales y simbólicas, mediador entre el migrante y la gran ciudad. El barrio reproduce en sus pobladores expresiones de la relación personalizada, las prestaciones recíprocas de trabajo y favores, el sentido de pertenencia de las sociedades campesinas, permitiendo una protección económica, social y afectiva.

Al interior pueden expresarse también relaciones y fenómenos de la sociedad urbana masificada (individualismo, privatismo, racionalidad instrumental, pandillismo), pero manifestadas en un contexto sociocultural que implica una asimilación particular de estos fenómenos, puestos en práctica allí sólo en determinados ámbitos y con determinadas personas. Pueden combinar, según momentos, o espacios, comidas regionales y comidas urbanas; músicas campesinas y rural-urbanas, con expresiones musicales nacionales y transnacionales. La música en sus diversos tipos y temporalidades, puede escucharse en distintos momentos o actividades o coincidir aquellos en una reunión social. Las formas de trabajo recíproco se recrean en las obras comunales para construir vías, acueductos, alcantarillados, luz eléctrica, centros comunitarios, etc. Las relaciones

de compadrazgo y de vecinazgo, de estirpe mestiza y campesina, también se adaptan a este nuevo campo social, recreando nuevas relaciones y nuevas interacciones familiares, de cuadra, de barrio. La prestación recíproca de favores continúa como forma de ayuda colectiva en condiciones de precariedad en el empleo, los ingresos, la salud, en enfermedades y funerales (Riaño, 1991).

Estas consideraciones nos llevan a abordar otra dicotomía: *local-cosmopolita*. De nuevo, el ciudadano urbanizado idealizado, debía regirse por valores y conductas **universalistas** y **abstractas** disolviendo lealtades restringidas y vinculándose de modo virtual, a través de los medios electrónicos audiovisuales, con personas, fuentes de información e imágenes de sucesos en muy diversos países. Pero hombres y mujeres en este campo social urbano-popular tienen un espacio importante de su vida en las interacciones familiares y barriales. Las noticias del día, de la semana, en el sector, (la tienda es su 'notidiario'), implican temas de conversación habituales. Existen valores y normas implícitos, comunitarios. Pero, al tiempo, en muchos casos este agente social se tiene que desplazar a otros espacios urbanos y debe obtener información de la ciudad, la región, el país y el mundo por la música, la radio, la televisión, el cine, la prensa.

Los jóvenes pueden expresar una fiera territorialidad, en relación a sus barrios o sectores barriales y constituir grupos de pares en torno a esta territorialidad. Pero, al mismo tiempo, escuchan todo el día música de grupos nacionales y, en muchos casos, transnacionales. Sus expectativas de consumo pueden negar sus condiciones concretas de vida, desear usar ropa de marca y acudir a centros comerciales, pero desde el punto de vista de sus relaciones sociales y mecanis-



mos de supervivencia, expresar adhesión o necesidad de la familia, del barrio, del *parche*. Este último como *grupo primario*, ámbito esencial de sociabilidad y socialización, espacio para una interacción cercana, afectiva, cara a cara (sociabilidad) y para la internalización de esquemas cognitivos, valorativos y prácticos, de percepciones y normas (socialización).

Por último, aludamos a la oposición *legal/ilegal*. El habitante urbano-popular, más que por elección deliberada, por razón de las difíciles e irregulares circunstancias de su vida en el margen de la supervivencia, desarrolla parte de su existencia al margen de la legalidad vigente. Debe invadir o comprar a urbanizadores piratas sus terrenos, para encontrar donde vivir, cuando pudo ser expulsado de sus regiones de procedencia. Establece un trazado urbano que, obedeciendo muchas veces a criterios especulativos de algunos, no tiene en cuenta la normatividad nacional o de cada ciudad en particular, para la construcción de calles, viviendas, servicios, concesión de espacios públicos, etc. Los servicios públicos, en un principio son 'piratas' (luz, agua, teléfono). El vendedor ambulante o el trabajador informal trabaja sin licencias, ni regulaciones laborales. Hay quienes viven de modo sistemático fuera de la legalidad vigente, vinculados a 'ollas', otras actividades ilícitas o delincuenciales y a pandillas.

Sin embargo, este habitante urbano no se enfrenta mayoritariamente al Estado y a la legalidad vigente, para buscar instituciones y una legalidad alternativas. Predomina un imperativo de adaptación a la sociedad "normalizada" (Romero, 1976). Uno de los cometidos prioritarios de una Junta de Acción Comunal, es legalizar los lotes, cuando ello no se ha logrado de antemano y conseguir de parte de las entidades correspondientes

servicios regulares de agua, luz, teléfono, alcantarillado, acueducto, la aprobación por parte de instituciones estatales de las Juntas de Acción Comunal y otras formas organizativas que se constituyen.

Sin embargo, se viven en una circunstancia de aguda separación entre lo legal y lo legítimo. Instituciones, liderazgos, comportamientos, percepciones, costumbres y convenciones que poseen legitimidad en este campo social, se hallan muchas veces en contraposición de las instituciones y la legalidad vigente.

También puede suceder que en esta separación de lo legal y lo legítimo, se expresen saberes, formas de relación social, estrategias de supervivencia y comportamientos que, así sea de modo germinal, expresan hábitos y percepciones, la búsqueda de un tipo de personalidad, de relaciones interhumanas de organización económica, producción de imaginarios, diferentes a los propios del campo hegemónico. En la anomia la disyunción de legalidad y legitimidad implica una desestructuración de las redes sociales, la desconfianza mutua, la utilización de la violencia para solucionar los conflictos con el vecino, el familiar o el amigo, que parecerían internalizar la violencia institucional. En este caso, impera una conducta instrumental y se diluyen antiguas solidaridades familiares, de amigos, comunitarias.

En el otro caso, los lazos comunitarios se recrean creando nuevas redes sociales y expresiones organizativas. En esta ocasión, puede existir un enfrentamiento con las instituciones hegemónicas y también la búsqueda de alternativas socialmente rentables que implican una visión de futuro, proyectos, propuestas de tipo barrial o de un radio más amplio. Vinculan a sectores de la población según intereses específicos que pueden



plantear acciones de presión y negociación en mayor condición de fuerza con instituciones del Estado, empresas, ONG's, etc.

Lógicas de acción: comunitario-expresiva y racional-instrumental

Moverse en mundos disímiles: el del trabajo, el de la familia, el barrial, el del transeúnte, etc.; implica también la necesidad de desarrollar diversas lógicas de acción, que implican mecanismos de supervivencia en contextos diferentes. En especial, el habitante urbano-popular se halla dividido en múltiples roles, como se referenció, y desarrolla su vida en espacios sociales diferentes.

En general, en cada ámbito social establecemos diversos tipos de relaciones, intersubjetivas de mayor o menor cercanía e intimidad y con diversas significaciones. Satisfacen determinadas necesidades sociales e individuales cada uno de ellos. Ahora bien, la vida urbana tendería a ser impersonal, privatista y a diluir lazos sociales de tipo primario. Sin embargo, el agente urbano-popular crea espacios de relaciones comunitario expresivas, (que en su caso pudiéramos denominar predominantemente barrial-comunitarias), que sirven para contrarrestar la fuerza intrusiva de la competencia económica, el individualismo, la insolidaridad, la mercantilización de las relaciones humanas o, en todo caso, su expresión contractual. Como señalaba Simmel, penetrante estudioso de la vida urbana, frente al carácter abstracto e intelectualista de la vida en las grandes ciudades, se resalta el papel del "sentimiento y las relaciones afectivas, en la pequeña ciudad y la vida rural" (Simmel, 1967, p. 7).

Señalemos que la lógica de acción comunitario-expresiva es territorializada. Supone un sentido de pertenencia que incluye un es-

pacio físico y simbólico compartido, manifestado, por ejemplo en la familia, la vereda, la región, el barrio o el sector barrial. La relación social que se desprende de esta lógica de acción es predominantemente cara a cara, todos se conocen, conformando un "nosotros" y, así mismo, se reconoce al momento al otro, el extraño, al forastero. Un sentido de pertenencia que crea reglas de juego y códigos comunes, intereses y valores comunes, pero también puede inducir conflictos de supremacía en diversos ámbitos. Pero este conflicto implica compartir determinadas reglas de juego y una historia colectiva. Puede llevar a mecanismos informales de resolución de conflictos y a formas de liderazgo también informal. Las relaciones implican el predominio de la oralidad, espacio de comunicación cotidiana pero también del chisme o el rumor, mecanismo universal de expansión de la información y control social en grupos pequeños. La necesidad de expresión personal y grupal implica la posibilidad de tener relaciones humanas profundas, multilaterales y de contenido afectivo. Esta afectividad implica sentimientos de lealtad y de pertenencia que ayudan a crear redes sociales duraderas que confieren apoyo material y sociopsicológico al individuo.

Por su parte, la lógica de acción racional-instrumental posee como modelos de relación social aquellas fundamentadas en relaciones mercantiles y contractuales. La relación vendedor-comprador, expresa el modelo de esta relación social que no sólo se expresa en el campo económico. Ella implica una relación mutua de intereses, no de afectos o favores, y no implica comunicación profunda entre las personas vinculadas. Existe una actitud de indiferencia y reserva (cuando no de temor) del habitante urbano frente al otro, frente al vendedor o comprador,



al funcionario, al empleado, al transeúnte. Esta reserva e indiferencia puede verse para el habitante campesino o de la pequeña ciudad como “fría y desprovista de todo sentimiento” (Simmel, 1967). Esta forma de relación social implica también un alto proceso de individualización y de división del trabajo.

La unidad de residencia o territorio próximo no es aquí fundamental pues los individuos urbanizados se definen por atributos abstractos. Suponen la interacción funcional entre personas que no se conocen profundamente, cuando no son radicalmente extrañas entre sí. No existe un involucramiento emocional de las personas en sus relaciones interhumanas, los papeles sociales son específicos y neutralmente afectivos. El otro es medio para mis fines. El desempeño de este tipo de relaciones, necesario para lograr determinados fines, como el logro de ventajas económicas, de servicios, de poder, etc; implica un cálculo racional y un sopesamiento de medios y fines. En última instancia, es una relación íntima por lazos institucionales o mercantiles.

Estas lógicas de acción, podemos decirlo, se encuentran hoy en día en casi todo tipo de sociedades, si bien, podría señalarse que en las condiciones de vida de una gran ciudad moderna, la segunda lógica de acción puede tender a estrechar al máximo los espacios para desarrollar la *lógica de acción comunitario-expresiva*. En los habitantes urbano-populares, la familia, en ciertos casos, y el barrio o sector barrial, así como organizaciones específicas que crean identidades restringidas, pueden ser ámbitos para el desarrollo de una *lógica de acción comunitario-expresiva*. Allí pueden recrearse relaciones personalizadas, cercanas, afectivas, multidimensionales, que impliquen apoyo material mediante prestación recíproca de favores.

Pero en el mismo espacio del barrio, como se refirió, pueden coexistir las dos lógicas de acción, en la medida en que también allí hay relaciones mercantiles, conflictos de poder, etc. Pero se crean ciertas redes sociales internas, al menos entre un segmento de sus habitantes, que implican una confianza mutua, ayuda recíproca y espacios para la expresión de los afectos y el apoyo psicológico.

Redes sociales

¿Cómo se puede conectar el espacio micro-sociológico de la familia, del grupo de pares, de las organizaciones que expresan identidades restringidas en fin, del barrio, con el espacio macrosocial constituido por la ciudad, la región, la nación, el sistema internacional? Existen varias vías para hacerlo. Podríamos señalar, desde nuestra perspectiva, que esta vinculación se puede hacer señalando las diferentes redes sociales que se constituyen a nivel citadino, nacional e internacional, en las que se incluye el habitante urbano-popular, integrando microrredes y agrupaciones de los espacios barriales. Estas redes en sentido amplio, pueden ser en primer lugar económicas. El microempresario compra materias primas, el propietario del almacén o la tienda o el vendedor ambulante demandas objetos de consumo. Las empresas multinacionales crean en los barrios redes de vendedores, los recicladores se vinculan a determinadas empresas que utilizan sus productos como materias primas. Existen circuitos de abastecimiento periódico de mercancías demandadas por la zona. Organizaciones de crédito crean allí filiales para atender a sus clientes. Existen circuitos de abastecimiento periódico de las mercancías demandadas en la zona. Se gestan mecanismos de **satelización** de productores y vendedores.



Se constituyen también redes sociales no mercantiles que implican solidaridades extrabarriales, familiares, de paisanaje, de trabajo, etc que se asocian a organizaciones transversales, desterritorializadas. Sindicatos, agrupaciones deportivas, agrupaciones ecológicas, etc. Se gestan **redes políticas** que crean relaciones **asimétricas**, las cuales implican, con todo, derechos y deberes recíprocos, expresados de modo paragnático en los lazos clientelistas que vinculan verticalmente, en nuestro caso, a senadores y representantes, altos y medios funcionarios, concejales, ediles, líderes de acción comunal y otros líderes comunitarios. Esto supone la aparición personalizada del político ante sus electores y apoyadores, el cual sirve como puente frente a complicadas instituciones y aparatos burocráticos, con lógicas extrañas al habitante urbano-popular.

También se gestan *redes culturales* expresadas en grupos musicales, de teatro, de video, etc, que pueden coincidir e intervincularse con grupos de otras partes de la ciudad, de la región, del país. Existen, también sitios de encuentro fuera del barrio, para el uso del tiempo libre, por ejemplo en parques metropolitanos, donde coinciden habitantes de distintas partes de la ciudad. Los sitios de rumba crean redes de jóvenes de diversos barrios, las asociaciones, religiosas de diverso signo, siendo de carácter nacional e internacional, crean redes descentralizadas estableciendo parroquias y templos también en barrios populares.

Pero también pueden existir redes de otro tipo. La 'olla' es sede de una red social que vincula vendedores al por mayor de estupefacientes y 'jíbaros', vendedores al por menor, además es centro de compraventa de objetos robados, vinculando a ella pandillas y bandas. También acuden a la 'olla' regular-

mente compradores de marihuana y bazuco, particularmente se vinculan también a esta red social semi-clandestina dueños de negocios en ella, vigilantes, policías, que perciben un impuesto regular, etc.

Nos referiremos en seguida a las micro-redes sociales en los barrios y sectores barriales y cuadras se gestan también redes sociales las cuales pueden estar ligadas a redes más amplias, sin perder sus funciones específicas, se crean por contigüidad territorial, no poseen un basamento contractual, en principio. Es la adscripción a una misma familia, aunque sus diversas unidades vivan en casas diferentes, pero cercanas, es la pertenencia a la cuadra, como espacio primario que teje relaciones cercanas de vecindad, es el sector barrial o el barrio, o incluso una zona determinada que incluye varios barrios y que genera, en ocasiones también, un sentido de pertenencia. Allí se tejen estas *redes de intercambio recíproco no mercantil*.

Redes sociales, que establecen relaciones de encuentro, pero también de ayuda dentro de los criterios de *reciprocidad no mercantil* que tiene un basamento precapitalista, pero que son recreadas por los pobladores urbanos, adecuándolas a sus condiciones particulares de supervivencia. Sobre este tema, escribe Pilar Riaño, quien realizó un perceptivo estudio de campo en barrios populares de Medellín y Bogotá:

La vecindad en los barrios populares representa una respuesta vital a sus condiciones de vida. La vigencia de actitudes basadas en la reciprocidad y la confianza muestra la dinámica en que los sectores populares autogeneran soluciones para su vida cotidiana. Factores como la escasa presencia institucional y estatal en la reproducción y seguridad social han obligado a que los sectores populares conformen un estilo de vida sustentado en la



autogeneración de soluciones para su supervivencia. Así, estos han resultado a través de mecanismos de ayuda mutua y solidaridad, sus problemas de vivienda, dotación de servicios, educación, ingresos, etc., generando al mismo tiempo mecanismos populares de acceder a la educación, la socialización y la diversión. Mientras en el nivel urbano global la tendencia capitalista es hacia la individualización del espacio (privatización) y hacia la reproducción privada, la tendencia en el barrio, por el contrario, es de tipo colectivo. (Riaño, 1991, p. 34).

De nuevo, uno y otros estilos de relaciones coexisten en la vida de este agente social, en donde, en determinados ámbitos y situaciones pueden pesar más una forma de relaciones socioculturales y una lógica de acción de un tipo y, en otros, de un tipo diferente. Con todo, estas redes sociales son una necesidad de supervivencia, además de que se hallan fundamentadas en una experiencia histórica campesina y aldeana, propia de estas ciudades y, sobre todo, de estas barriadas de emigrantes. Por ello, aunque en los últimos tiempos se aprecia una privatización de la vida barrial, cuando han logrado ya satisfacer algunas de sus necesidades básicas, por la dinámica de un “rebusque” cada vez más individualizado y competitivo, por la inseguridad, por la movilidad geográfica de sus pobladores, estas redes sociales de apoyo recíproco, son una reserva inextinguible que puede coadyudar, en un futuro, no sólo a la reproducción inmediata, sino a la constitución de identidades y un autorreconocimiento que les permita constituirse en sujeto político y sociocultural colectivo.

Apuntes finales: una Modernidad Latinoamericana

Se ha hablado de una específica *Modernidad latinoamericana*, desde la perspectiva de la emergencia de lo urbano-popular. Modernidad periférica que sin ser necesariamente contestataria frente a los valores dominantes de la modernidad tal como ha tenido lugar en sus centros constituyentes, es una modalidad de ella, en la cual se asimilan fragmentos de instituciones, formas de relación social y expresiones culturales, que están asociados con aquella Modernidad. Ella se ha gestado en el seno del capitalismo, como sistema socioeconómico dominante a nivel planetario, vinculada al desarrollo exponencial de la Ciencia y la Técnica, la urbanización predominante de la población, y, también, la expansión a nivel internacional de sus intereses económicos, políticos, culturales, la *modernidad latinoamericana* es un “espejo trizado” según la expresión de José Joaquín Brunner.

Como se ha referenciado someramente, unidades económicas, instituciones, redes sociales, culturales, políticas y manifestaciones simbólico-expresivas, propias de contextos sociales: indígenas, campesinos, aldeanos, regionales, no desaparecen según una cierta secuencia evolutiva considerada ‘moderna’. Pero incurriría en una visión reduccionista y pasatista quien pretendiese ver solamente un ‘traslado’, una ‘copia’ o un retorno conservador a un pasado abolido. En la mentalidad urbano-popular existe un criterio central en la asimilación y recreación de expresiones productivas, lazos interhumanos, manifestaciones políticas, expresiones culturales, este criterio es la *adaptación*: a la competencia económica, a las redes macro-sociales y de poder y las exigencias de nuevos imaginarios, normas y valores.



Esta adaptatividad, que no es mimética ni pasiva según lo hemos visto, implica un cierto pragmatismo y un sincretismo espontáneos, no codificados ni teorizados, que se expresan de manera no doctrinaria, ni preconcebida. Pero la estrategia adaptativa, que es fruto no puede olvidarse, de una posición de desventaja estructural frente a la consecución de diversas formas de capital, implica la necesidad de asimilar, mezclar, resignificar manifestaciones económicas, rasgos sociológicos, y expresiones simbólico-expresivas de la sociedad urbana, propios de tendencias económicas contemporáneas, dominadas por la globalización, que implican así mismo la relación con instituciones burocráticas o empresariales inmensas, complejas, dotadas de otras estructuras de funcionamiento. En este caso, como se anotó, las *lógicas de acción racional-instrumental* juegan un papel más determinante que en contextos no urbanos, limitadamente capitalistas. Ellas suponen el cálculo, la instrumentalidad, la selectividad en los papeles sociales, el control de la afectividad, la relación contractual, la asimilación interesada de algunas normas y valores nuevos.

Estas lógicas de acción, se manifiestan a través de instituciones económicas, y de interacción social y simbólica. Coexisten allí, es necesario decirlo, en forma no necesariamente armónica. Lo campesino y aldeano más presente en generaciones adultas, puede entrar en conflicto con una racionalidad diferente, más desterritorializada y más mediática en los jóvenes sin que por demás, éstos no dejen de vincular a sus lazos sociales o su consumo cultural, rasgos rurales y regionales. Frente a la legalidad vigente, se busca utilizarla, en tanto sea útil para lograr determinados fines, por ello se buscan redes de intermediación con el Estado, con

los representantes del poder legislativo y ejecutivo, particularmente. Pero dicha legalidad aunque formalmente se acate, se incumple sistemáticamente en ciertos ámbitos de acción. La lucha por la sobrevivencia implica impugnar en la práctica reglamentaciones excluyentes sobre la propiedad, el acceso a los servicios públicos, el derecho al trabajo, a la ocupación del espacio público. En ocasiones se tiende a negar toda normatividad y valores consensuales, para instaurar la ley por justicia propia, la elusión de reglas mínimas de convivencia, de una moral colectiva o comunitaria, de una perspectiva de futuro, de una conciencia del nosotros.

Pero también en el campo urbano-popular se expresan luchas de determinados actores suyos (individuales u organizados) para hacer valer una normatividad, una legalidad, unos valores, unos imaginarios, unas propuestas: económicas, sociales, políticas, culturales, que expresen sus propios intereses y formas de vida, que en alguna forma, son alternativos. Ello implica confrontación con actores del campo hegemónico. Supone implementar formas de presión, de búsqueda de los propios intereses que requieren estrategias de resistencia, en unos casos, de negociación formal o informal, explícita o tácita, en otras.

En verdad, no puede existir hoy, como existió ayer, la certidumbre de que hay un modelo de recambio (en ese entonces estatista y colectivista), que simplemente se pueda adaptar a voluntad de los interesados, como 'panacea' a la desigualdad económica, social, política y cultural imperantes. Pero supone pensar en la generación de formas de propiedad, de producción material y simbólica, en redes sociales, clasificaciones colectivas, etc. que expresen esa diversidad de actores, perspectivas e intereses y, en particular la emergencia y expresión de los intereses de las clases y sec-



tores urbano -populares. No hay hoy en día un solo actor histórico (clase social, etnia, región, religión, nación, etc) que pueda aspirar a una hegemonía exclusiva, a una dirección monopólica de la sociedad. Pero una Modernidad latinoamericana, en la que esta región del globo pueda ser no sólo objeto, sino también sujeto activo y codeterminante de la historia universal, requiere el aporte decisivo de este conjunto poblacional que puede acceder a la tercera parte o, incluso a la mitad, de la población de sus países respectivos.

En América Latina, las clases y actores sociales subalternos deben ganar posibilidad de incidencia propositiva, lo que supone conquistar poder y voz nacionales. Condición para generar países modernos y autónomos (lo que no quiere decir autárquicos), en donde se geste una democracia efectiva: económica, política, social, cultural y una sociedad más equitativa, en donde las clases y sectores urbano-populares pueden representarse a si mismos y no ser, por otros, representados.



Bibliografía

- Adler de Lonnitz, L. (1994) *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*. México: Flacso: Miguel Ángel Porrúa
- Arturo, J. (1993) *Pobladores urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Instituto Colombiano de Antropología, Concultura.
- Barbero, J. M. (1987) *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Bourdieu, P & Wacquant, L. (1995) *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Coraggio, J. L. (1991) *Ciudades sin rumbo*. Quito: Ciudad – SIAP, 1991.
- Cardona, R. (1969). *Las invasiones de terrenos urbanos: elementos para un diagnóstico*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- CEPAL (1969) *América Latina: el pensamiento de la CEPAL*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- García, N. (1990) *Culturas Híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Nun, J. (1969) *Latin America: the hegemonic crisis and the military coup*. Berkeley: Institute of International Studies, University of California.
- Marx, K. (1968) *El Capital: crítica de la economía política. Tomo I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morse, R. (1971) *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos*. Buenos Aires: SIAP.
- Ortiz, F. (1977) *Contrapunteo cubano del Tabaco y el Azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Parsons, T. (1966). *El Sistema social*. Madrid: Revista Occidente.
- Quijano, A. (1976) *Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina*. En: Quijano, A. & Weffort, F. *Populismo, marginalización y dependencia*. Costa Rica: EDUCA.
- Riaño, P. (1991) *Descifrando la cultura popular*. Investigación participativa en los barrios. En: Controversia, N° 166. (p. 1 – 87) Bogotá: CINEP.
- Romero, J. L. (1976) *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Romero, L. A. & Gutiérrez, L. (1994) *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores
- Sarlo, B. (1997) *Instantáneas: medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*. Buenos Aires: Ariel.
- Simmel, G. (1971). *Las grandes urbes y la vida del espíritu*. En: Simmel, G. *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península.
- Singer, P. (1976) *Dinámica de población y desarrollo: el papel del crecimiento demográfico en el desarrollo económico*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Williams, R. (1994) *Sociología de la Cultura*. Barcelona: Paidós.
- Vekemans, R. (1966). *Marginalidad, incorporación e integración*. Santiago de Chile: DESA.

